



Savenay.—Capital de la Vendée

este espectáculo aún no visto de caer unas tras otras cincuenta cabezas sin interrupción, vistió á las víctimas con la camisa roja de los asesinos que había llevado Carlota, de modo «que la gran

hornada de las camisas rojas» cayó por entero sobre el dictador que parecía así defender su vida con una hecatombe.

No fué esta la única villanía del Comité de segu-

ridad, ó de Amar, Vadier y Voulland que eran sus directores, pues habiendo sabido que en un barrio de París se había formado una pequeña secta mística presidida por Catalina Theot que se hacía llamar «la madre de Dios,» y en la que se anunciaba á Robespierre como al Mesías, acordaron mandar á la madre de dios al Tribunal Revolucionario para que en él compareciera el Mesías, Robespierre comprendió el juego y resuelto á impedirlo intervino

para que la vista no se celebrase y Fouquier-Tinville accedió.

La guerra, pues, que se hacía á Robespierre era una guerra cruel, á muerte; las familias de todos los sacrificados, sus amigos, sus partidarios, se unían, se juntaban sin concierto ni plan previo, solo unidos por el espíritu de venganza, para acabar con la tiranía de un hombre que tanta sangre costaba. Robespierre, viendo inminente un conflicto resolvió



El terror en Nantes

robustecer sus medios de acción, y sin tomar consejo más que de Couthon, es decir, á espaldas de los comités, presentó el 10 de Junio, dos días tan sólo después de la fiesta dedicada al Sér Supremo, un proyecto de decreto por el que se autorizaba al Tribunal Revolucionario á renunciar á la prueba testimonial dado caso que hubiera otra prueba, y por el que se suprimían los defensores de los acusados volviendo así á los días rigurosos en que el rey era juez y señor de todos los vasallos, pero la verdadera intención del decreto estaba en la disposición por la cual se prevenía que sólo la Convención, los dos comités, los representantes en unión y el acusador público quedaban facultados para llevar á quien quiera que fuera delante del Tribunal Revolucionario, y como luego se decía que la Convención derogaba todas las leyes en contradicción con ese de-

creto, dicho se está que todos los diputados quedaban á merced de Fouquier-Tinville.

No dejó de haber quien reclamara, pero fué tan grande la sorpresa que el mismo Barere que nada sabía se levantó á combatir á los que habían pedido que se aplazase la discusión, y en efecto, se discutió y votó bajo la presión de un discurso de Robespierre. Ni un solo individuo de los dos comités se levantó á impugnar la obra del dictador. Los comités pues, merecían la dictadura de Robespierre y el ser tratados como éste les trataba.

Pero al otro día en el seno del comité hubo una sesión borrascosa, y Billaud-Varennes acusó á Robespierre de querer guillotinar la Convención nacional, y acabó por llamarle contrarrevolucionario, esto indicaba que se había verificado una reacción, y que los que temían verse citados por el acusador

público iban á defenderse. En efecto, la Convención se revotaba en ese mismo día dando sus votos al siguiente decreto de Merlin de Douai: «La Convención considerando que el derecho exclusivo de la Representación nacional de decretar la acusación de sus miembros es un derecho inalienable para el orden del día.»

Fuera de esto, todo lo demás que propuso Robespierre se dejó en pié. Convenía al sistema que se había adoptado para desprestigiar á Robespierre que fuera obra suya el no tener defensores los acusados, ni el poder defenderse por medio de testigos.

Al otro día Robespierre y Couthon aparecieron en la tribuna para protestar calurosamente de sus intenciones; pero cedieron, y su proyectó quedó mutilado. Esto era una derrota, la primera, pero se había probado que el dictador no era invulnerable y en este día comenzó su ruína.

Robespierre la consumó en el mismo instante en que retrocedía, pues sintiéndose vencido, fué tan grande su despecho que dejó de asistir á las sesiones del comité y como esto se hizo público muy pronto se vió que no era necesario, y como para volver había de ser á condición de imponerse á los miembros de los comités y estos ya sabían que era lo que jugaban en la partida, los comités se dispusieron desde luégo para la batalla decisiva, y por de pronto continuaron arrojándole cabezas y más cabezas de los 7.000 que contenían las diversas cárceles de París.

Treinta magistrados más se enviaron á la guillotina, con igual justicia que los primeros veintinueve; tres días después,—el 17 de Junio,—morían las cincuenta y cuatro personas de que ya hemos hablado á propósito del proceso Ladmiral y Renault. La «hornada de las camisas rojas» vino á coincidir con las tristes noticias que llegaban de Burdeos. Guadet y Salle fueron guillotinos. Petion y Buzot se suicidaron y se les encontró en un campo de trigo medio comidos de los lobos, circunstancia que libró sus cadáveres de ser guillotinos, como el de Valazé. Barbaroux quiso también escapar á la guillotina pegándose un tiro, pero se lo dió con tan mala suerte que sólo logró destrozarse el rostro; al otro día,—25 de Junio,—caía su cabeza en análogas condiciones que había de caer la de Robespierre dentro de un mes.

Robespierre, sin embargo, pretendía imponerse por el terror desde fuera del comité. Sabíase que la Comuna, que el estado mayor de la guardia nacional, que el Tribunal Revolucionario, que la jefatura de policía estaban por él y que le apoyarían; no era,

pues, cosa fácil atacarle frente á frente. El por su parte, quiso hacerse sentir fuera del gobierno, haciendo que cada día fuesen más numerosas las ejecuciones. El antiguo Tribunal Revolucionario, el que presidió Hermann desde el 7 de Abril de 1793 al 11 de Junio de 1794, pronunció 1.256 sentencias de muerte. El nuevo tribunal, presidido por Dumas, del 11 de Junio al 9 thermidor, esto es, á la caída de Robespierre, en seis semanas pronunció 1.361.

Fué Hermann quien acudió en busca de una autorización para descubrir los complots que se tramaban en las cárceles, complots imaginarios, inventados sólo para purgar las prisiones como entonces se decía, y esta autorización se dió, y la firmó únicamente Robespierre, y esta fué la sola firma que puso durante todo el tiempo en que estuvo fuera del comité. En su consecuencia, de una hornada llevó Hermann al Tribunal Revolucionario 159 personas, como siempre, de todas clases y condiciones. Sólo diez personas fueron absueltas, de modo que iban á ser conducidas 149 al patíbulo en un solo día, y esto á los mismos comités pareció intolerable. La gran hornada se dividió en tres, y del 7 al 11 de Julio fueron todos sacrificados. Nueve días después vino la hornada de los carmelitas que dió cuarenta y cinco víctimas, entre ellas el general Beauharnais, el primer esposo de la emperatriz Josefina, el padre del príncipe Eugenio. En fin, desde el 1 thermidor,—20 de Julio,—todos los días llevaban las carretas á la muerte, veinte, treinta ó cuarenta individuos de todos sexos y de todas las opiniones. En estos días fué decapitado Chenier que había escrito el himno que se cantó en la fiesta del Sér Supremo, uno de los primeros poetas modernos de Francia.

Hacer la parte que en todos estos horrores correspondió á Saint-Just que había regresado á París después de la batalla de Fleurus,—1.º de Julio,—es imposible, pero sí podemos asegurar que Robespierre sólo esperó su llegada para tomar la ofensiva.

En efecto, el día 1.º de Julio se presentó en los Jacobinos para acusar á los indulgentes, á los amigos de los aristócratas, á los que le llamaban «tirano», á los «que le habían obligado á renunciar á una parte de sus funciones», á los conspiradores. Si en este día no designó á nadie de una manera concreta, ocho días después cargaba sobre Barere en el mismo club, y Barere se lo merecía, pues no viendo claro, no sabía si decidirse por Carnot ó por Robespierre. Ibase, pues, acentuando el movimiento y Payan se atrevió á convocar á los comités revolucionarios para una reunión que debía celebrarse en las

Casas Consistoriales. Esto era ilegal, y por ello abolió la convocatoria el comité, pero no hizo nada más; no corrigió el desmán, y esto alentó á los que preparaban un nuevo 31 de Mayo, pero esto era así, porque Carnot temía que todo movimiento interior no comprometiera las operaciones militares que atravesaban su momento crítico.

Como consecuencia de esta actitud ó necesidad, se celebró por los comités una reunión general el día 22 de Julio,—5 thermidor,—y en ella comparecieron Saint-Just, Robespierre y Couthon que sostuvieron la necesidad de la dictadura. Los dos primeros dirigieron rudas reconveniones á Carnot, pero al fin se levantó la sesión sin haber convenido en nada.

En efecto, al día siguiente Couthon se presentó en los Jacobinos á denunciar la orden de los comités que mandó salir para el ejército á la mayor parte de la artillería de París, cargando toda la responsabilidad á Carnot. Como consecuencia de esta acusación, al día siguiente,—7 thermidor,—25 de Julio,—se presentó en la barra de la Convención una comisión de los jacobinos á denunciar á Carnot «que se rodeaba de tinieblas», preguntando, si contando con tantos medios no podría abusar de ellos haciendo traición á la patria.

Al otro día le tocó dar á Robespierre. Leyó un largo y muy estudiado discurso en el que se presentaba como víctima de todos los odios de los enemigos de la revolución y de los que querían transigir con ellos. En toda esta parte estuvo muy hábil, pero al empezar el ataque no lo fué tanto, pues se negó á acusar nominativamente cuando en el estado á que habían llegado las cosas era necesario vencer ó ser vencido á toda costa. Pero sus alusiones habían sido muy claras, particularmente contra Cambon, y respecto de los comités pidió enérgicamente su epuración y su inmediata reconstrucción á fin de darles unidad bajo la suprema autoridad de la Convención.

Triunfante iba á salir de la lucha, pues se llegó á decretar la impresión y envió de su discurso á los departamentos, cuando Cambon se lanzó á la tribuna declarando que antes de ser deshonrado hablaría á Francia. «Un hombre solo,—dijo,—paraliza la voluntad de la Convención, y este hombre es Robespierre.» Al sentirse éste atacado de frente, retrocedió, y desde este momento todo fué para él de mal en peor. Había demostrado ser un cobarde ó un miedoso, y en los momentos supremos en que tantas cabezas estaban amenazadas, retroceder era ir á la guillotina.

Billaud-Varennes aprovechó este momento para declarar que él prefería que «su cadáver sirviera de trono á un ambicioso antes que hacerse cómplice de sus fechorías con su silencio.» Y como Robespierre exclamara: «¿cómo, se quiere enviar mi discurso al examen de los comités á quienes acuso?» que es lo que había pedido Billaud, Barere que poco antes había decidido á la Convención en favor de la impresión del discurso de Robespierre por creer que éste arrastraba á la Convención, se levantó, y dijo que los comités contestaban á sus acusaciones con hechos y se puso á leer los despachos que anunciaban la toma de Newport, la de Bruselas y Malinas y la entrada de los franceses en medio de las aclamaciones de un pueblo inmenso. Desde este momento la Asamblea se declara en contra de Robespierre revocando su primer acuerdo. Carnot había vencido en Bélgica y París.

En los Jacobinos, por la misma noche, tomó, sin embargo, la revancha. Allí fué aclamado; Dumas declaró que el gobierno se había declarado contrarrevolucionario, y Billaud-Varennes y Collot d'Herbois que valientemente habíanse presentado ante la terrible sociedad para sostener la acusación, tuvieron que marchar escapados, perseguidos por los gritos de «los conspiradores á la guillotina.»

Al mismo tiempo Payan que dirigía la Comuna y era hombre de gran energía, preparaba el levantamiento de París para el día siguiente, autorizando á Hanriot para convocar la guardia nacional para las siete de la mañana del 9 thermidor.

Payan y Coffinhal, vice-presidente y redactor de los boletines del Tribunal Revolucionario, boletines en que conscientemente se faltaba á la verdad, fueron á participar todo lo que se había dispuesto para el movimiento, pero Robespierre se opuso á toda insurrección, pues esperaba con su palabra arrastrar á la Convención. Esto pasaba al mismo tiempo en que Cambon, Freron y Lecointre de Versalles, acudían á los comités para que se detuviera al alcalde de París, Fleuriot-Lescot, Payan y Hanriot, pero los comités se limitaron á llamar á las autoridades municipales para reconvenirlas y nada más. De modo que ni los comités ni Robespierre querían la lucha violenta.

¿Qué iba, pues, á pasar en la Convención?

Saint-Just se retiró del Comité de salvación pública á las cinco de la mañana del 9 thermidor, hasta esta hora había estado en medio de sus compañeros trabajando en la redacción de su acta de acusación, habiéndose declarado así á Collot cuando éste al retirarse de los Jacobinos se fué al